

## Segundo Domingo del Tiempo Ordinario A2026

En el Evangelio de hoy, escuchamos a Juan el Bautista, quien presenta a nuestro Señor a quienes lo rodean, exclamando: "¡Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!".

Sin duda, todos sabemos el importante papel que el Cordero, como animal, desempeñaba en la sociedad judía. En primer lugar, la liturgia en el templo se organizaba en torno al sacrificio de acción de gracias por las bendiciones recibidas y por el perdón de los pecados. Para cumplir con esta tarea, los israelitas utilizaban un cordero como holocausto, según las recomendaciones de Éxodo 29:38-42.

Al presentar a nuestro Señor como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, Juan el Bautista quiere decir que Jesús reemplaza todos los sacrificios ofrecidos en el templo para el perdón de los pecados. Él es quien trae la paz entre Dios y el mundo. No se necesitan más sacrificios. Su sangre derramada en la cruz trae la salvación al mundo.

Además, el Cordero de Dios también se refiere a la Pascua en Egipto. Según Éxodo 12, los israelitas fueron salvados gracias a la sangre del Cordero que sacrificaron esa noche. Al ser liberados de la muerte por la sangre del Cordero, Juan ve en nuestro Señor un verdadero Cordero cuya sangre derramada en la cruz purifica al mundo del pecado y la muerte.

En la Biblia, el cordero simboliza la inocencia; no puede hacer mal a nadie, solo sufrirlo. Siguiendo este simbolismo, la primera carta de Pedro llama a Cristo «un cordero sin mancha ni defecto» (1:19) quien, «cuando era insultado, no devolvía el insulto; cuando padecía, no amenazaba» (2:23). En otras palabras, Jesús es por excelencia el inocente que sufre.

Se ha escrito que el sufrimiento del inocente «es la roca del ateísmo». Después de Auschwitz, el problema se planteó de forma aún más aguda. Se han escrito innumerables libros y obras de teatro sobre este tema. Es como estar en un juicio y oír la voz del juez ordenando al acusado ponerse de pie. El acusado en este caso es Dios.

¿Qué dice la fe sobre todo esto? Ante todo, es necesario que todos, creyentes y no creyentes, adoptemos una actitud de humildad, porque si la fe no puede "explicar" el sufrimiento, mucho menos puede hacerlo el intelecto.

El sufrimiento del inocente es algo demasiado puro y misterioso como para intentar encerrarlo en una de nuestras pobres "explicaciones". Nuestro Señor sufrió más que ninguno de nosotros. Cuando se enfrentó al sufrimiento de la viuda de Naím o de las hermanas de Lázaro, no supo hacer nada mejor que conmoverse y llorar.

La respuesta cristiana al problema del sufrimiento del inocente se resume en un solo nombre: ¡Jesucristo! Jesús no vino a darnos explicaciones expertas sobre el sufrimiento; vino, más bien, a asumirlo en silencio.

Al asumirlo, sin embargo, lo transformó por completo; de signo de maldición, lo convirtió en instrumento de redención. Es más: lo convirtió en el valor supremo, la mayor grandeza de este mundo. La verdadera grandeza de la criatura humana se evalúa en el hecho de soportar tanto la culpa como el castigo sin defección. Es este tipo de sufrimiento el que nos acerca a Dios. De hecho, solo Dios, si sufre, sufre como inocente en un sentido absoluto.

Nuestro Señor no solo dio sentido al sufrimiento inocente, sino que también le confirió un nuevo poder, una misteriosa fecundidad. Observen lo que brotó del sufrimiento de Cristo: la resurrección y la esperanza para toda la humanidad.

Pero observen también lo que sucede a nuestro alrededor. ¡Cuánta energía y heroísmo se manifiestan a menudo en una pareja al aceptar a un niño discapacitado que lleva años en silla de ruedas! ¡Cuánta solidaridad insospechada los rodea! ¡Cuánta capacidad de amar, de otro modo desconocida!

Sin embargo, lo más importante cuando hablamos de sufrimiento inocente no es explicarlo ni aumentarlo con nuestras acciones y omisiones, sino también intentar aliviar el sufrimiento inocente que existe.

Frente a una niña congelada por el frío, que lloraba de hambre, un hombre gritó un día a Dios en su corazón: «Oh, Dios, ¿dónde estás? ¿Por qué no haces algo por esta niña inocente?». Y Dios le respondió: «¡Ciertamente he hecho algo por ella: te he creado!». Sé la razón por la que alguien encuentre un motivo para vivir y ser feliz. Como Martin Luther King, que celebraremos mañana; sé la razón por la que alguien esté alegre y mantenga la esperanza en un futuro mejor, de justicia para todos, paz, unidad y el fin de la violencia.

(Adaptado de la Homilía pronunciada por el P. Raniero Cantalamessa, OFM Cap, el Segundo Domingo del Tiempo Ordinario, 18 de enero de 2008.)

**Isaías 49: 3, 5-6; 1 Corintios 1: 1-3; Juan 1: 29-34**



Fecha de la Homilía: el 18 de Enero, 2026  
© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)  
El nombre de Documento: 20260118homilia.pdf